

Así lo hizo. Se sentó con mucho cuidado, como si temiera descomponer su uniformidad perfecta.

Esperé entonces una de sus sonrisas luminosas, aquellas que prodigaba casi de continuo en los momentos crueles de sufrimiento.

Cuál fué mi asombro, cuando sus labios se apretaron en un rictus doloroso, tan amargo, que me sobresaltó. Sus bracitos lacios se desplomaron sobre la almohada y tras ellos—como una flor tronchada—se dobló también su cuerpo. Las lágrimas corrieron por su rostro oculto entre sus manos.

El niño «de la eterna sonrisa» lloraba. No lloró al morir su padre; ni tan poco en los días fríos en que sin comer apenas, iba de calle en calle pidiendo; y, sin embargo, ahora lloraba amargamente, cuando un hogar le abría sus puertas dándole un lecho y una comida caliente.

Ahora que debería reír de puro contento, lloraba.

¡Extraña paradoja!

Me agaché junto a él y le pregunté porqué se comportaba así.

Se incorporó mostrando su carita húmeda y dijo con un susurro:

—¡Estoy tan contento...!

No pude pensar nada de momento, no pude contestar. Sólo cuando de noche en mi cama, empecé a cavilar sobre ello, comprendí que aquella había sido en realidad la primera vez que aquel niño había sonreído de verdad.

Entonces, como una revelación, me dí cuenta de que sus sonrisas, no eran más que la careta con que cubría su dolor, que, a fuerza de ser constante, pasaba inadvertido a su conocimiento de niño.

Ante la primera impresión verdaderamente agradable de su vida, su sensibilidad se había desahogado con el llanto, nueve años contenido, como si con él arrojara toda la pesadumbre de su triste pasado.

* * *

Han transcurrido muchos años desde esta sencilla historia. El destino me llevó lejos de aquel hospicio, a otro extremo del mundo. Quizás será aquel niño de ayer un hombre bueno y honrado, quizás su vida se habrá descarriado. ¡Sólo Dios lo sabe!

Pero siempre recordaré a aquel chiquillo, como una experiencia interesante y vendrá a mi memoria como viene ahora: tumbado en la cama llorando; mejor dicho: sonriendo, con una sonrisa húmeda y silenciosa.

SARA GAZUL

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

¿Por qué soñaste con el mar?

A mi hijo Juan Manuel Romero.

¡Ay, marino de tierra adentro!

¿Por qué soñaste con el mar?

Es que tu ardiente fantasía
vislumbró mundos sin igual?

Costas lejanas, luminosas,

rocas de ingente majestad;

playas de arenas de oro y plata
y acantilados de coral;

islas perdidas, solitarias,

que con amor las besa el mar;

grandes ciudades con palacios

hechos de nácar y cristal;

bosques fantásticos de ensueño

que nadie pudo penetrar,

llenos de pájaros y flores

bajo la ardiente luz austral;

mujeres bellas como diosas,

de tez morena y suave andar:

exóticas sirenas de ojos verdes

que el alma llenan de ansiedad?

¡Ay, marino de tierra adentro!

¿Por qué soñaste con el mar?

Nadie en tu casa fué marino.

¿Por qué ese afán de navegar?

¿Fué el barquichuelo de juguete
 con el que yo te ví jugar,
 aquél de vivos colorines
 el que tal vez te hizo soñar?
 Pienso que en él tu fantasía
 viajó sin rumbo y al azar.
 ¡Qué lejos, ay, tu madre estaba
 de tu secreto navegar!
 Para ella fuiste siempre el niño
 al que mecer y al que cantar...

Ahora tu cuna será el barco
 que arrulla y mece dulce el mar.
 Mas... son sus brazos peligrosos
 y es engañoso su cantar.
 El pensamiento de tu madre
 te ha de seguir en tu bogar,
 imaginando mil peligros,
 soñando en verte regresar.
 Entre las jarcias de tu barco
 oirás al viento murmurar
 y pensarás que está muy cerca,
 que la escuchaste suspirar...
 Mas cuando vuelvas de algún viaje
 tal vez ya no la has de encontrar.

¡Ay, marino de tierra adentro!
 ¿Por qué soñaste con el mar?

ELADIA MONTESINO



Lecciones de Democracia

ALGUIEN estimará, apenas se adentre en el tema motivo de este artículo, que podía su autor haberse ahorrado el trabajo de ocuparse en asunto añejo, manido y resobado por cuantos comentaristas, corresponsales y políticos de todas las tallas tuvieron a bien acometer la glosa y comentario de suceso que fué durante varios días casi único acaparador de la mundial atención. Me estoy refiriendo a la «destitución» del General Mac-Arthur, Jefe Supremo de las fuerzas de la ONU en la península coreana.

No me hubiera tentado el deseo de abordar este asunto—tratado en sus diferentes fases y aspectos, si no fuera por que de su desarrollo y tramitación pienso obtener una enseñanza aprovechable para nosotros y deducir una lección bien amarga, para los enamorados incondicionalmente de la democracia al uso y que no produce en la mayoría de los casos, si no perturbaciones y daños a los que la aplican sin tasa ni medida. La destitución del General Mac-Arthur es—con todos los respetos personales para quien la dispuso—lo que en *argot* castizo llaman nuestros reformadores del léxico, un *patinazo*: desacierto político innecesario totalmente y provocador de reacciones nunca convenientes y menos en trance en que más se aconseja la calma, la mesura y el equilibrio.

Aun suponiendo equivocados los modos y sistema del General en Jefe de las fuerzas Unidas, se imponía, dados los excepcionales y extraordinarios prestigios de la persona encargada de la dirección de la campaña represora, una conducta más «suávitier in modo» y del todo ajena a desplantes, que ni el error supuesto, ni la urgencia de su remedio reclamaban. Con trámites más mesurados y discretos, el resultado hubiera sido el mismo y buena prueba de ello es que la conducta de la nueva jefatura militar en Corea no difiere en nada de la seguida por el anterior; demostración palmaria de que ambos—destituido y sustituto—conocen su misión en la campaña y aplican el remedio que el mal reclama.

Pero es que hasta el supuesto de error se desvanece con sólo aplicar una lógica elemental a los sucesos. El General en Jefe de las tropas de la ONU cuyo mando supremo asume el Presidente Truman recibió orden de acabar con la inexplicable situación coreana, opuesta a todos los pactos y convenios que motivaron la constitución de esa Sociedad internacional, creada por el Pacto del Atlántico, en cuyo menester colaboran, de modo insuficiente y escaso, Francia e Inglaterra como principales asociados.

La evidente ligereza del Presidente yanqui ha provocado inconscientemente un verdadero plebiscito en el que la opinión norteamericana se ha pronunciado a favor del General en Jefe de las fuerzas